

que con los demás da á conocer su salvaje independenciam. ¿Si será esta águila, animal de *utilería*, procedente de algún teatrillo suriano?

Pero no han pasado los días inútiles para S. A., quien si no ha conseguido coger pronunciados y freirlos en aceite, sí ha expedido muchísimos decretos, de esos que él sólo tiene la especialidad. Ha dispuesto que las monedas tengan su retrato en relieve, y una inscripción en latín que redactará la Academia de la Lengua. Ya tienen qué hacer y con qué divertirse Basoco, Cortina, Arango y demás inmortales caseros.

Ha ordenado también que, para premiar á los maestros por servicios prestados á la enseñanza, se establezca una medalla de oro, con círculo, palma y laurel, la cifra A. L. S. y un latinajo que el demonio entienda.

¿No se admira usted de que para todo se emplee el latín en este bendito régimen, lo mismo para ahorcar á las gentes que para agasajarlas, lo mismo para recibir al Presidente que para lanzar al infierno á algún réprobo? Y luego, latín á un hombre que de latín no sabe ni qué quiere decir *ora pro nobis*.

No deje de escribirme dándome cuenta de lo que pase; salude al coronel Comonfort, dígame que nunca olvido los servicios que me prestó en Tlapa, y recuerde que le quiere su amiga.

ANARDA.

Del mismo á la misma.

Acapulco, á 28 de Abril de 1854.

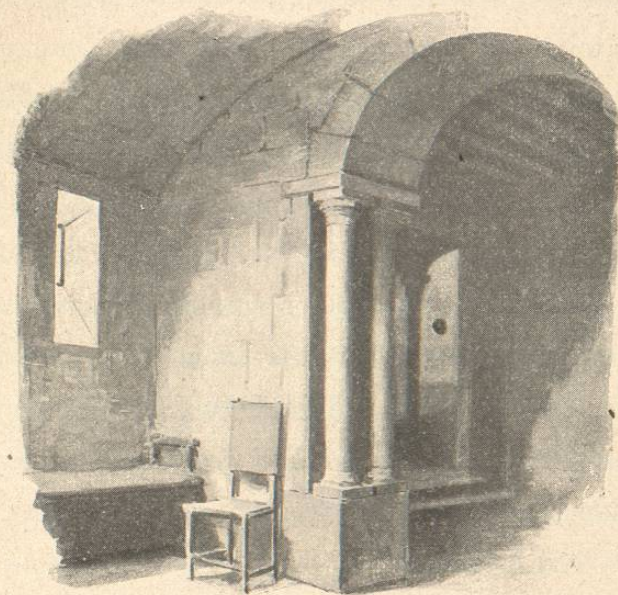
Señora: Cuanto referí á usted acerca de la proclamación del plan de Ayutla, lo supe por noticias fidedignas; lo que voy á relatarle, pasó en mi presencia y tiene el carácter de impresión personal.

Desde que se recibió el plan de Ayutla, creyó Comonfort que necesitaba reformas, entre otras la de dejar á la nación en libertad absoluta para constituirse. Es menester — me decía don Ignacio — no seguir los métodos santanistas, sino respetar de veras la voluntad popular. Hasta ahora hemos hecho motines, nos hemos destrozado, hemos creído al pueblo incapaz de gobernarse, y nos hemos constituído en sus tutores bondadosos. « Quién sabe si le calumniemos — y al decir esto como que el hombre se transfiguraba, — quién sabe si tengamos en la mano la salvación del país. »

Y así fué como el plan de Ayutla se reformó en Acapulco, mediante las adaptaciones del nuevo caudillo. Desde luego Comonfort quedó con el mando de la plaza, que es desmantelada y falta de auxilios como pocas. El castillo de San Diego es una viejísima construcción que nunca ha resistido un sitio regular sin caer en poder del enemigo que lo acomete.

Pocos días hace que el ingeniero Algobín declaró que

se necesitaban más de setenta mil pesos para dejar en estado de servicio los desportillados baluartes, los torreones ruinosos, las galerías que se caen por momentos. La



artillería es antiquísima; cañones hay que se remontan á la guerra de Sucesión y que ostentan la cifra de Luis XIV; cañones que no disparan hace siglos, que quizás nunca han disparado, y cuyas bocas bostezan como soñolientas y sin empleo.

El paso resuena en las amplias murallas, en que crecen apenas unos cuantos matojos raquíticos, unos cuantos yerbajos vergonzantes, unas cuantas saxifragas que han logrado incrustarse entre las piedras y vegetar á favor de la humedad.

Desde la torre del vigía se observa la larga línea de pilotes bruñidos y brillantes por la sal. Parecen ciudades sumergidas que dejan ver á flor de agua torres esbeltas cuya base se encuentra en las profundidades insondables.

Más lejos se ven el mar, la rada extensa, capaz de dar cabida á todos los barcos de la cristiandad, y la inmensidad azulada é inconmensurable. Aquí atracaban aquellos galeones de Filipinas cuya llegada se anunciaba á México con repiques; aquí desembarcaban todas las preciosidades de laca, seda y porcelana que á manera de juguetes regios alegraron los ocios de nuestras abuelas; por aquí salían el galón, la lentejuela y la loza de Guadalajara que exportábamos para el oriente; aquí vivían aquellos taciturnos castellanos, que morían de tristeza considerándose condenados á vivir en estas soledades.

Y aquel perfume de vejez, de cosas idas, de ideas muertas, de heroísmos olvidados, que traían á la memoria á Morelos y á Gil González Dávila, suscitaba tristeza infinita, la tristeza del ausente, sin término ni medida.

Comonfort se multiplicaba; hacía tapar brechas, puertas y ventanas, ensayar cañones, fabricar pólvora y balas, y poner todo en estado de defensa.

No faltaban gentes prudentes que afearan la determinación de Comonfort, y creyeran que iba la ciudad á perecer; pero el jefe á nadie oía sino á su decisión de acabar aquel trance con honra.

Al mismo tiempo que declaraba la ciudad y su distrito en estado de sitio, resolvía quedasen obligados á servir en el ejército todos los varones mayores de diez y seis años; disponía se sometiera á consejo de guerra á cuantos dieran noticias al enemigo, y ofrecía la protección ilimitada de las tropas á los cónsules y agentes comerciales extranjeros, dejándolos en libertad de radicarse donde quisieran.

A mí, debido á la recomendación de usted, me declaró su ayudante con el grado de teniente, y unido á él despachaba correspondencia, distribuía órdenes y cuidaba de cuanto concernía á la defensa.

El diez y nueve de Abril se supo la llegada de Santa Anna, y ya pudimos disparar cañonazos hacia su real. Comonfort, activo, nervioso y vigilante, no cesaba de recorrer los parapetos y líneas de defensa, excitando á los valientes, animando á los irresolutos, exaltando el valor de los indios y hablando al alma de los oficiales.

A eso de las tres de la mañana sentimos la *esquitera* de la fusilería cercana; trescientos hombres del enemigo atacaban hacia Río Grande, donde se encontraba destacado el batallón Galeana. Resistieron los valientes surianos algún tiempo; pero al fin, según luego supimos, se replegaron hacia el castillo y atrajeron á los asaltantes, que quedaron prisioneros al acercarse al fortín Solís, que defendía el coronel don Rafael Solís.

El jefe y sus ayudantes salimos á recorrer las líneas, mientras los matriculados de Suárez y los hombres de Hairt se movían contra el enemigo.

Entretanto la artillería tronaba sin descanso, á fin de proteger los fortines.

Hubo un momento en que cesó el fuego de cañón. Comonfort subió más que de prisa á los baluartes y dirigió la palabra á los artilleros; pero no era que desmayaran ni que carecieran de *parque*: era que faltaba gente. Entonces don Ignacio se acercó á un cañón viejísimo, el *Felipe V*. Introdujo el escobillón, colocó la carga, rectificó la puntería, acercó el estopín, y mandándose á sí mismo gritó con voz tonante:

— ¡Primera pieza! fuego...

Otro tanto hacíamos sus ayudantes Montellano y yo; y como nos viera vacilantes al acercar la lumbre á las bocas de fuego, nos gritó:

— ¡Segunda pieza! fuego...

— ¡Tercera pieza! fuego...

El estruendo de las detonaciones hizo temblar las paredes, que se desconchaban, mientras los techos dejaban caer trozos de hormigón y fragmentos de teja, y se estrellaban los vidrios verdosos soldados con lágrimas de plomo.

¡Quién sabe cuánto duraría la situación!; sólo sé que llegaron artilleros, quizás improvisados como nosotros, y

que empezaron á disparar á toda prisa mientras nos retirábamos de allí.

Yo sentía las fauces secas, la boca sin saliva, como si estuviera mascando paño. Me enjuagué con un poco de aguardiente con pólvora, del que se había dado á la tropa, y mi sed se aumentó. Veía las aguas del mar, el horizonte lejano, la ciudad acurrucada en su caserío blanquísimo, y sentía ansia invencible de salir de aquel recinto para beber agua, mucha agua, toda el agua que me quitara aquella sed inmensa.

Ya eran cerca de las ocho y la refriega no tenía trazas de concluir; pero poco después el Coronel creyó notar que la fusilería enemiga menguaba, dirigió su catalejo hacia el interior de la ciudad y vió que allá se dirigía la mayor parte de los enemigos, como queriendo guarecerse. Allá mandó Comonfort guerrillas que desalojaran á los asaltantes, y éstos siguieron, aunque en buen orden, hasta los cerros de las Huertas, donde estaba el campamento de S. A. S.

Las dianas resonaron en la fortaleza; el contento no conoció límites, y los bravos y las felicitaciones al que ya aclamábamos nuestro General, los prodigábamos sin medida.

Claro que mi primer movimiento fué el de buscar agua. No tuve más que bajar un poco y cogerla de los botes en que se refrescaban las piezas, que estaban tam-

bién cerca de los aljibes que surtían el castillo en caso de necesidad.

A las cuatro se anunciaron dos parlamentarios procedentes del campo santanista. Eran el general don Manuel Céspedes y don José Gener, empleado de la casa de Escandón.

Las diferentes conversaciones que con esos sujetos tuvo el jefe, se han conocido por causa de que lo revelaron todo las personas asistentes.

Se empezó por amenazar con la toma del castillo á viva fuerza si no se entregaba en el término de doce horas; y como don Ignacio insistiera en que seguiría batiéndose sin descanso, los comisionados iniciaron ya algunas ideas de transacción y acomodo.

— Señor General, cuentan que dijo Comonfort, yo no puedo recibir oficios ni oír proposiciones sin permiso del señor Alvarez, que es nuestro general en jefe; le daré parte de todo, y veremos. Entretanto, quedan por mi parte abiertas las hostilidades, y puede usted decir al general Santa Anna que ataque cuando guste la fortaleza; nosotros la defenderemos á todo trance.

— Pero fíjese usted, señor Coronel, insistió Céspedes, en que el Gobierno está felizmente cimentado, en que cuenta con todos los elementos que podía apetecer y en que es una verdadera locura quererse defender con menos de quinientos hombres contra más de cinco mil que atacan.

— Señor General, repuso Comonfort, cuanto usted me dice estaba previsto y calculado por mí, y la prueba de que no me arredran sacrificios ni temo la pérdida del caudal ni de la vida, es que estoy aquí con este que usted llama puñado de hombres, y que he comprometido mi peculio y mi crédito en más de cincuenta mil duros, que he metido á la revolución.

— Ya lo sabía, saltó Gener, y la prueba de que el Gobierno considera y aplaude la buena fe con que usted ha tomado equivocadamente la defensa de una causa perdida sin remedio, es que está dispuesto S. A. S. á indemnizar á usted dándole cien mil pesos, que puede disfrutar en el país ó en el extranjero, siendo dueño de continuar, si lo desea, con el destino de gobernador de la plaza de Acapulco. Así, rico, feliz y seguro de haber evitado á su patria grandes daños, usted vivirá respetado donde quiera.

— Agradezco al general Santa Anna, respondió Comonfort, esas ofertas; mas no puedo admitirlas porque no he de faltar á los compromisos que me ligan con la revolución, ni á los de amistad que tengo con el general Alvarez.

— Bueno fuera eso, replicó Gener, si el general Alvarez hubiera de auxiliar á usted en el trance en que se verá muy pronto; pero sabemos de positivo que no vendrá, porque ni piensa en ello, ni podría hacerlo

aunque lo intentara, estando de por medio un ejército de seis mil hombres que ha de estorbárselo.

— Yo sé que vendrá, repuso Comonfort con seguro acento, y viendo que la conversación se prolongaba, añadió: Es en vano insistir; mi conciencia de ciudadano y de amigo me prohíbe abandonar una causa que he jurado sostener en unión de mis compañeros.

Retiráronse Céspedes y Gener, dando por terminada la conferencia.

Los días siguientes se pasaron sin más que insignificantes tiroteos. A la madrugada del veintiséis recibimos una noticia que nos alarmó: el campo de Santa Anna se movía; las tropas se aprestaban de seguro á atacar. Comonfort y los que le rodéabamos subimos á la parte más alta del castillo armados de sendos catalejos.

La mañana era fría, húmeda, verdosa y cargada de vapores. El mar oleaginoso mostraba aquí y allá lenguas de tierra en que se formaban pequeñas ensenadas llenas de agua mansa y sonriente. Más lejos, bancos de brumas, esparcidos al azar, semejaban islotes y colinas que las olas batían con furia mientras el sol llegaba á disiparlos. El sabor y el olor de la sal marina, como que llenaban los labios de un dejo de lágrimas. Amanecía.

Contemplando la mañana me había abstenido de ver hacia el campamento enemigo, cuando una serie de exclamaciones me hizo volver el rostro.



... mi conciencia de ciudadano y de amigo me prohíbe...

No había duda; el ejército abandonaba sus posiciones, se alejaba á la chita callando, sin hacer sonar sus fanfarrias, sus tambores y sus charangas. Allá se distinguían



los batallones como una mancha blanca, que se asemejaba á los copos de espuma que en el mar señalaban los islotes; los regimientos, como monstruosos animales de cien patas en que no se sabía dónde comenzaba el hombre y dónde terminaba la cabalgadura; los oficiales, como manchas negras y movedizas que corrían de aquí para allá; y trepando la eminencia, bordeando la falda verde y próximo á entrar á la zona de sombra negra, un séquito que des-